

Vicente Blasco Ibáñez

LA MUERTE DE ZOLA

(*El Pueblo*, 1-10-1902; *El Motín*, 4-10-1902; *La Unión Republicana*, 8-10-1902)

Trabajaba a media tarde en la novela que llevo entre manos, cuando mi mujer entró en el estudio, cuyas ventanas se abren sobre el mar. Minutos antes había sonado el timbre del teléfono.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo con una emoción que en vano trataba de ocultar—: Zola ha muerto...

—¡Qué Zola! —exclamé yo, con el idiotismo de la sorpresa. ¡Como si en el mundo existiesen muchos Zola!

—Zola, el novelista. Me pareció que el sol se oscurecía, que el mar, tan agitado, quedaba mudo, rodando sus escalones de olas en un silencio fúnebre, que el invierno caía de golpe sobre la naturaleza: un invierno de muerte con el ambiente gris y el frío intenso de la tumba.

¡Zola había muerto!... Y bien, ¿qué tenía el suceso de extraordinario? ¿No era un hombre como todos, sujeto a la dura igualdad de la muerte?... Pero la admiración no se resigna sin protesta. Por algo llaman inmortales a los grandes artistas. Tan sobrehumanos aparecen ante nosotros por la fuerza de su genio, que cuando mueren como cualquier otro mortal, experimentamos inmensa extrañeza, como si se trastornasen las leyes de la vida, como si el sol saliera a media noche y brillasen a mediodía las estrellas.

¡Zola muerto!... Mis hijos, que participan de todas las adoraciones de su padre, estaban consternados como si les hubieran participado la muerte de su abuelo. Acostumbrados desde la cuna a ver a todas horas los diversos retratos del gran artista esparcidos por la casa, lo consideraban como de la familia. Aún no saben leer y hace tiempo que tenían el mismo deseo.

—Papá, cuando nos lleves a París iremos a ver a Zola.

—No, hijos míos; ya no le veréis. No podréis besar la mano de aquel que al mismo tiempo que un gran artista, fue un hombre honrado; no conoceréis de cerca al delicado espíritu, amante de la vida del hogar, sencillo en plena gloria, adorador de los niños, que le inspiraron las mejores páginas de sus novelas, y eternamente triste por la carencia de hijos, hasta el punto de dedicar su cariño a esas dos pobres bestias, que en el silencio de una habitación cerrada, presenciaron su agonía y su muerte.

Y mis hijos, con una de esas inspiraciones sencillas que hacen adorable a la niñez, recorrieron los campos inmediatos a la casa, hicieron una corona de malvarrosas y claveles tardíos, y la colocaron sobre un pequeño retrato de Zola (tal vez el último) que Soriano me trajo ha poco de Ginebra. Muchos llorarán a estas horas en Francia y en toda Europa, la muerte del novelista; suntuosos serán sus funerales, pero dudo que ninguna manifestación de dolor sea tan espontánea como la de una madre tres pequeñuelos, que en una playa olvidada del Mediterráneo cubrieron de flores el retrato del gran artista, mientras el mar rugía a pocos pasos en la soledad de la tarde.

—Diga usted algo de Zola —me demandan los amigos—. Escriba un buen artículo.

¡Qué he de decir!... Francia sufrió anteayer un golpe más grande que si hubiera perdido una batalla; la humanidad está de luto, y tú, lector, y yo, y todos, debemos recibir el pésame, porque se nos ha muerto uno de la familia.

Amamos a nuestros parientes porque comparten con nosotros alegrías y tristezas; porque son algo de nuestra propia existencia, ¿y qué pariente más íntimo que el artista que ha dominado nuestro pensamiento durante veinte años, que ha guiado nuestras ideas y nos ha dado toda la médula de su talento generosamente, a cambio de un poco de admiración?

¡Muerto Zola!... Tras la instintiva protesta, el ánimo todavía se resignaba ante una muerte natural. Un aneurisma, un golpe de sangre, cualquier desarreglo de la máquina humana, nos haría tolerar la gran desgracia. Al fin, de algo hemos de morir, cuando el mecanismo vital se decide a cesar en su funcionamiento. Pero llamarse Zola, llenar con el nombre el mundo, sentirse fuerte y con ánimos para escribir ocho o diez libros más; acostarse tranquilo, después de bromear en la mesa con la esposa, pensando en lo que se escribiría al día siguiente, y morir de una manera violenta, en plena salud, porque ajusta mal el tubo de una chimenea y todavía no se han hecho en la casa las reparaciones de una instalación reciente, es un sarcasmo de la casualidad tan lúgubre, tan tétrico, que hace reír con la carcajada desgarradora de los locos.

Siento que no exista la Providencia que todo lo regula y todo lo prevé, porque si ese poder superior fuese cierto, ante el triste fin de Zola, víctima en plena madurez de su genio de un descuido de criados, tendría el gusto de hacer sobre ella, como manifestación de mi desprecio, algo que recordase la palabra de Cambronne en Waterloo.

¡Morir de repente, de modo antinatural, cuando no se ha terminado la obra de la vida, cuando aún se tiene en el pensamiento el embrión de nuevas obras y salud en el cuerpo para producirlas! El gran maestro ha caído en el penúltimo escalón de su gloria. Aún le faltaba escribir un nuevo libro, *Justicia*, y terminando con esta novela su inmensa obra, pensaba descansar, cuidando su vejez con el firme propósito de no tomar la pluma más que en defensa de los pueblos oprimidos.

—Me retiraré —decía la primera y última vez que le vi—, me retiraré como uno de esos tenderos que, tras una vida de trabajo, venden el establecimiento y se van al campo. Creo que después de setenta libros, tengo derecho a descansar.

Y agitaba, al decir esto nerviosamente su mano poderosa que creó un mundo, una mano blanda y suavemente fría de viejo escritor, que anoche estuve viendo en sueños crispada por la muerte.

—Escriba usted —repiten los amigos—. Diga algo sobre Zola.

¡Escribir! Ahí están sus obras; los libros que hablan de su vida. Ellos lo dicen todo.

¿Yo qué puedo decir?... Que estoy triste y todo lo veo negro.